

Rafael Dávila

LA SEGUNDA GUERRA CIVIL DE FRANCO

UNA SILENCIOSA LUCHA
POR LA CONSERVACIÓN DEL PODER

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
1. Los documentos. El archivo militar de la guerra de liberación	19
2. El final de la Guerra Civil: Barcelona	22
3. Cataluña: razones del fracaso de la guerra. La opinión de un republicano	30
4. La visión de la guerra en los informes	36
5. Pulsos en torno al Desfile de la Victoria	41
6. La guerra en la paz y «la bestia roja»	45
7. Un ambiente enrarecido. Los primeros pasos de una «segunda guerra civil»	52
8. Franco y la Laureada. Una concesión y dos imposiciones	67
9. El primer combate entre vencedores: Gonzalo Queipo de Llano	71
10. Un enemigo de siempre: la masonería	77
11. El Decreto de Unificación. Ramón Serrano Súñer y Manuel Hedilla	89

12. España y la Segunda Guerra Mundial	97
13. El Protectorado español	129
14. Tánger	142
15. La División Azul. El capitán Palacios	148
16. El frente del hambre. Tensión en el seno del Ejército	165
17. Las relaciones entre Franco y don Juan de Borbón	188
18. El atentado de Begoña. Otra batalla contra Franco	206
19. La carta a Franco de los generales y compañeros de armas	213
20. El manifiesto de Lausana	227
21. Un nuevo combate: el general Juan Yagüe	249
22. El ejército de los Pirineos	266
23. Una pausa en el relato: el dolor de la guerra en el corazón de una madre	305
24. Las andanzas del general Beigbeder	309
25. Todos contra Franco (Aranda, Kindelán y un atentado)	318
26. El referéndum sobre la Ley de Sucesión y el estado de guerra	347
27. Franco y su obsesión con las enseñanzas y la doctrina militar	356
28. La boda de Carmen Franco y Polo	361
29. Las relaciones exteriores. Estados Unidos, Francia y «el caso de España»	363
30. La lucha sigue dentro y fuera	373
31. Final de la batalla entre Franco y don Juan	381
32. Instauración de la corona: el príncipe de España don Juan Carlos	399

33. Las opiniones de los americanos sobre España	413
34. La lucha contra ETA	416
35. Los GAL de Franco: la operación Doble E	420
36. El asesinato del almirante don Luis Carrero Blanco	436
37. El Ejército interviene en la lucha contra ETA	449
38. La muerte de Franco	454
39. Juramento y proclamación del rey don Juan Carlos I	464
40. Santiago Carrillo	484
41. El golpe de Estado del 23 de febrero de 1981	501
<i>Epílogo. La «segunda guerra civil» de Franco no ha finalizado</i>	511
<i>Bibliografía</i>	515

INTRODUCCIÓN

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

EL GENERALÍSIMO FRANCO, Burgos, 1 de abril de 1939

*V*ictoria era la estruendosa palabra que había que difundir para ilusionar a un pueblo que tenía que empezar de cero: «¡Victoria!». El grito se convirtió en orden. El Boletín Oficial del Estado le daba carácter oficial y obligaba a que figurase en todos los documentos de la Administración:

Consumada la obra de liberación de España, con la total ocupación del territorio nacional por el Ejército, es llegado el momento de significar tan trascendental acontecimiento en la documentación oficial, en la forma en que se ha hecho constar al fecharse el último Parte de Guerra. En su virtud, este Ministerio ha tenido a bien disponer:

Que a partir de la publicación de la presente Orden, la fecha de los documentos y comunicaciones oficiales de las Corporaciones locales, vaya seguida de la expresión «Año de la Victoria» que substituirá a la de «III Año triunfal» que actualmente se emplea.

SERRANO SÚÑER, Burgos, 2 de abril de 1939. Año de la Victoria

Se apagó el ruido de los cañones, y con ello, aparentemente, la guerra había terminado: todos deberían vivir desde el triunfo y proclamarlo de forma oficial: «¡Victoria!», lo que resultó a la larga una quimera, porque esta es una feroz nación a la que le gusta vivir con armas, como Tito Livio nos acusó.

Empezaba un periodo difícil, como ocurre después de cualquier guerra, porque los éxitos y condecoraciones con los que culminan las batallas ganadas son gozos efímeros, y el reparto de glorias acaba en enfrentamiento incluso entre los mismos vencedores, mientras —como siempre— se fortalecen los lazos y la unión entre los perdedores.

El paso más difícil y necesario después de la guerra estaba por darse: reorganizar y consolidar las posiciones alcanzadas que cada cual consideraba suyas, éxito y mérito propios. Era necesario estar preparado para rechazar los posibles contraataques que entre los condecorados se iban a lanzar unos a otros. La guerra no había terminado, solo se trasladaba de lugar: de los campos de batalla a los herméticos salones enmoquetados. La guerra se iba a hacer en los silencios, donde solo hablaban los papeles encriptados.

Durante la guerra hubo un comentario muy generalizado entre los mandos: se acusaban de tener muy buenas tropas para el asalto a una posición, pero les costaba mucho reorganizar y consolidar los éxitos alcanzados. Así ocurrió, y después de la hazaña bélica todos eran vencedores dispuestos a seguir encabezando el futuro de la España ganadora, pero sin pensar en que era el momento de reorganizar España, una nación en ruinas por dentro y por fuera que no estaba para fiestas, aun vencido el enemigo. Entre los ganadores de la guerra iban a aflorar aquellas rencillas que quedaron aparcadas durante el conflicto: iba a dar comienzo una silenciosa pero cruel segunda guerra civil.

No es bueno entretenerse en la victoria: ninguna dura mucho tiempo, sino que los triunfos de la guerra dan paso a un tortuoso y largo camino. El posterior a la guerra civil española ha sido interminable: aún hoy no parece que se haya llegado al final del enfrentamiento, porque desde antaño se sabe que es fácil iniciar una guerra, pero casi imposible terminarla. Las heridas cicatrizan solo después de varias generaciones. Wellington, después de Waterloo, sentencia la victoria: «Solo una batalla perdida es más triste que una batalla ganada».

Nunca se vence a gusto de todos. Ganar se olvida; perder, jamás. Ganadores y perdedores los hay en ambos bandos y van creciendo conforme las batallas se suceden, y más después de ellas. Suele ocurrir, y más al término de cualquier guerra, que ningún derrotado se siente culpable de ello y todos los vencedores se sienten artífices de la victoria.

A Franco le iban a llegar oleadas de divisiones triunfantes desde distintos frentes, pero el ya popular caudillo invicto, así bautizado por siempre y para todos, se preparó a conciencia y supo utilizar sus reservas sin enseñar su artillería ni su aviación. Se sentó en el Palacio Real de El Pardo, a una distancia prudencial de los acontecimientos, y esperó. Solo tuvo que poner un foso ante su morada.

El arma que utilizaría en el nuevo frente no iba a ser la de los cañones, sino la silenciosa e infiltrante información. Los diversos servicios secretos empezaron pronto a difundir noticias de las controversias. No todas procedían del mismo lugar ni con las mismas intenciones. Cada uno montaba su particular sistema de redes informativas y transmitía lo recibido según sus intereses (los hubo en exceso), noticias todas más o menos ciertas, siempre contra el otro, mezcladas con las inventadas, con lo que pronto la convivencia se volvió muy áspera.

Solo Franco se erguía como la figura reverencial a la que someter las diferencias. El tribunal de El Pardo dictaba sentencia y nadie osaba recurrir ni siquiera a Roma. Está demostrado que la mejor información la tiene el que consigue fraccionar los órganos encargados de obtenerla y mantenerse como único receptor de todos ellos, cada uno por separado, algo que Franco supo construir con gran habilidad.

Después de la guerra, fue la única persona en España que reunía la información oficial y extraoficial que en su despacho recibía de unos y de otros, lo que le dio mucho poder, y nunca dudó en utilizar con habilidad la del uno contra el otro, y viceversa, si era necesario.

En un principio, Franco se dejó querer por todos, pero siempre desde la lejanía, con el foso de por medio, sin metáforas: ocupó, como un antiguo Austria, el baluarte afosado del palacio de El Pardo. Marcó una prudente distancia cortesana entre su persona y cualquier otra, militar o civil, que pretendiese mantener su altura o circular por sus inmediaciones. Desde un principio hubo un territorio vetado a la mayoría: el viejo palacio de caza para reyes ubicado a la vez lejos y cerca de Madrid, protegido por un fiel regimiento en el que no faltaba la fantasía de su Guardia Mora.

El poder militar que le dio ser el Generalísimo durante tres años de guerra era muy fuerte, y su mando se había impuesto con mayor rigor y firmeza durante el último periodo de guerra, en aquellos días del Ebro,

cuyos asuntos solo despachaba en profundidad con el fiel general Dávila. Con el resto de los generales puso cada vez mayor distancia y eliminó cualquier tipo de relación que pudiese confundirse con la proximidad de los «compañeros de armas». Durante los periodos finales de la guerra, ningún general se atrevía a discutir con él la situación de los frentes; ninguno alcanzaba el suficiente prestigio y la sabiduría táctica para ello. Solo Fidel Dávila le expuso con lealtad su opinión —que Franco solía hacer suya— para después, transformada en la del Caudillo, acatarla con humildad y asumir su decisión con la misma convicción y entrega que si fuese suya —que lo era en la mayoría de las ocasiones—.

De aquellos generales que le dieron el mando en Salamanca, unos habían muerto, otros fueron descabalgados en cuanto quisieron acelerar el paso y alguno se mantuvo en medio del forcejeo con la responsabilidad asumida frente a cualquier otra posible alternativa para que el castillo de naipes no se viniera abajo. Miguel Cabanellas, presidente de la Junta de Defensa Nacional, había muerto. Emilio Mola también, en un trágico accidente durante la guerra. Se olvidó pronto su figura. Monumento al tiempo que cubre de húmedo musgo la más dura de las piedras.

Kindelán nunca dispuso de esa visión de conjunto de la maniobra en tierra, y Franco quiso tenerlo cerca para evitar su impositivo tono intelectual, que nunca le gustó. Acabó enredándose en sus propios argumentos, sin futuro alguno mientras el Caudillo ocupase el Palacio de los Austrias. Quiso marcar los tiempos tras la guerra y señalar la Corona y la cabeza reinante, sin saber que la Corona solo la otorgaría Franco.

Con Queipo de Llano tuvo que imponer su mando sin enfrentarse a él cara a cara, sino con intermediario; sabía que era mejor mantenerlo a raya, con todo lo que ambos sabían; eran polos con la misma carga y, por tanto, se repelían. Al terminar la guerra, Franco enviaría a Sevilla al silencioso y fiel Dávila para que le bajase los humos a Queipo en Andalucía, para que se olvidasen de él y su virreinato volviese a la normalidad del conjunto. La guerra no se debatió en el sur, y la gesta de la conquista y el dominio de Sevilla quedó para la historia; poco más. La Laureada de San Fernando le supo a poco; Queipo creía merecer más y Franco estaba aburrido del incordio de sus generales.

Andrés Saliquet hizo la guerra alejado de los frentes decisivos y siempre fue un fiel y exacto cumplidor de las órdenes. Era un hombre

poco ambicioso, admirador de Franco, un guerrero que se conformó con los puestos de mando que se le dieron y que vivió al margen de otras inquietudes. «El general don Andrés Saliquet Zumeta fue una de las figuras más recias del Ejército por sus calidades de auténtico soldado», se decía oficialmente de él.

El general Luis Orgaz, contertulio con Franco en la Gran Peña de Madrid, donde lo introdujo allá por 1926, mantuvo siempre una lucha interna entre su proximidad a Franco y su sentimiento monárquico, lo que le hizo balancearse en un difícil equilibrio que nunca se atrevió a romper, más allá de algunas fanfarronadas, contra Franco. Malhumorado y de agrio carácter, no era fácil de conducir. Orgaz siempre buscó cobijo y amparo en la respetada figura del general Dávila.

Germán Gil y Yuste, un hombre ya mayor, no ocupó puestos relevantes ni antes ni después de la guerra y actuó en silencio desde la Secretaría de Guerra.

El general Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, que participó junto al general Saliquet en la violenta toma de mando de Valladolid en 1936, fue un aristócrata monárquico al que le gustaba la política, pero que nunca tuvo grandes responsabilidades próximas a Franco. Lealtad y nobleza le llevaron siempre a cumplir fielmente de acuerdo con lo que creía ser su deber moral.

El general Fidel Dávila Arrondo fue un hombre clave, sencillo y fiel. El Caudillo conocía bien su humilde inteligencia, alejada de las ansias de poder, por lo que depositará en él su confianza sin que nunca le defraude, la única confianza posible para que Franco mantuviese la tranquilidad necesaria para el mando.

En cuanto al resto de los generales que no habían participado de manera directa en el nombramiento de Franco como máximo jefe militar y político, unos empezaban a ser conocidos y otros procuraban a toda costa situarse en lo alto del escalafón y ocupar los lugares de mando. Era mucho lo que había en juego.

Antonio Aranda, Juan Vigón, José Enrique Varela, Juan Yagüe, Agustín Muñoz Grandes, Carlos Asensio, José Moscardó, José Solchaga, Valentín Galarza y Heliodoro de Tella iban a tener mayor protagonismo en esta segunda guerra que se avecinaba. Porque lo que llegó después de la guerra civil española no fue sino otra guerra, esta vez sin cañones de por

medio; otra guerra civil en la que serían los propios combatientes y ganadores de la anterior contienda los que lucharían entre sí, como si después de aquellos largos tres años aún quedasen ganas de batallar; una odisea, la del regreso a los trenes de la ambición que conducen siempre al enfrentamiento. Hombres, instituciones, intereses personales y de grupo iban a iniciar la segunda guerra civil a la que Franco tuvo que hacer frente. Fue mucho más exigente que la primera.

La mayor parte de las batallas son desconocidas, otras están mal contadas y el resultado final de aquella guerra es aún un enorme enigma, porque no parece haber llegado ese día en el que los españoles se reconcilien con ellos mismos.

LOS DOCUMENTOS. EL ARCHIVO MILITAR DE LA GUERRA DE LIBERACIÓN

España sigue en la incógnita de su pasado. La historia reciente se compone a trozos y vivimos con la impresión de que es más lo que se oculta que lo que se conoce. Los archivos militares están bien protegidos y vigilados, con los documentos esparcidos por uno y otro lugar, amparado su secretismo por una ley para la que no existe el tiempo, por lo que por ahora no se contempla su desclasificación. No hay un lugar único donde buscar, investigar, reunirse a comparar; hay muchos y muy vigilados políticamente (algunos desconocidos), sin digitalizar, y no se ve un futuro libre de discordia que permita el acceso a todos. Este es un mundo lleno de secretos y lugares ocultos.

Nos echamos la historia a la cara, por lo que es muy difícil escribir historia. ¿Aparecerán nuevos documentos? Destruídos muchos, aún queda oculta una cantidad muy superior a la conocida, muy difícil de encontrar y que no saldrá a la luz pública hasta que no se apaguen los rencores con los que se mira todo lo de la guerra y que imposibilita una labor histórica rigurosa, no contaminada. Incluso por ley se ha puesto un verdadero muro para evitar que la verdad reluzca. La historia de la guerra civil española se escribirá con membrete oficial, lo que equivale a que no será. Queda el miedo detrás de los documentos, y el temor lleva a la destrucción que, en este caso, bien podría ser la de la historia.

Se perdió el momento más adecuado para guardar en reposo los documentos de la Guerra Civil. Pudo existir una minuciosa recopilación

ordenada y objetiva de los acontecimientos, de las operaciones militares y políticas que se sucedieron durante las dos guerras civiles.

Nada más terminar la primera, en abril de 1939, dos concienzudos comandantes de Estado Mayor destinados en el Gabinete de Prensa y Censura Militar, Nicolás Benavides y José Díaz de Villegas, elevaron una propuesta para reunir en algún lugar de Madrid la documentación hallada referida al conflicto bélico que acababa de terminar, con fines de clasificación y ulterior explotación para el estudio histórico-militar u otros aspectos profesionales. Su propuesta recogía la necesidad de reunir en un solo edificio, y con la debida clasificación, la documentación de ambos ejércitos y evitar su dispersión. Argumentaban a su favor haber pertenecido al Servicio Histórico Militar de las campañas de Marruecos, y su práctica en ello les había hecho ver las dificultades que hay que vencer para reunir documentos ocultos en los lugares más diversos y próximos a desaparecer.

Pretendían constituir lo que podría llamarse «Archivo Histórico-Militar de la Guerra de Liberación de España» y, para ello, comenzar con trabajos monográficos que fueran la base del estudio y descripción total de la guerra. Por si acaso, conscientes de la dificultad, en su petición añadían la coletilla «en la que destacara la admirable actuación de las tropas, la insuperable pericia de los mandos y la genial dirección del Caudillo». Remitido el anteproyecto para su aprobación, la contestación fue negativa y nada de aquello se llevó a cabo, lo que hizo que se perdiera numerosa documentación, probablemente para siempre.

Por esa razón, nunca se esclarecerán algunos de los principales sucesos que hoy gozan de creencia definitiva después de haber sido repetidos una y otra vez sin estar sustentados en bases firmes. Comprobado está que la historia de nuestra Guerra Civil se escribe con vísceras, y de nada sirve mostrar documentación que sea contraria a lo expuesto por unos y otros, porque en el relato popular ya no hay cambio posible. Para un mismo hecho hay diversas versiones e interpretaciones, todas intencionadas y enfrentadas, que hacen imposible aceptar la mayoría. La falsedad se ha hecho historia en numerosos acontecimientos y no hay marcha atrás, o, si la hay, es solo para un reducido grupo de independientes que asumen con humildad los resultados de nuevas investigaciones, pero lo nuevo tiene escasa repercusión. Aquella historia ha quedado

ya escrita, y tendrán que pasar muchos años para que se separe el trigo de la paja.

Una pérdida irreparable de documentación ensombrece la historia; de tal manera que sería posible que la de la guerra y su continuación, no tan pacífica, se haya desarrollado de manera algo distinta a la contada.

EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL: BARCELONA

La ocupación de Barcelona fue el final de la guerra, pero era necesario escenificarlo, y para ello no había otro lugar comparable a Madrid, la capital de España. La entrada en Madrid simbolizaría el triunfo de todos, generales, mandos, tropa y civiles quedaban reunidos y representados en una sola figura: Francisco Franco por la gracia de Dios tomaba al fin el símbolo de la victoria: Madrid.

Antes, el triunfo militar en la guerra tendría que haberse asegurado sólidamente, y el lugar de la derrota del Ejército Rojo había sido Cataluña con la huida desenfrenada por el Pirineo camino de Francia.

En Barcelona, los mandos de las grandes unidades artífices de la victoria final se posicionaban para ser las primeras en entrar en la ciudad y así lograr la fama y el honor de haber recuperado la bella ciudad mediterránea, la más internacional y cosmopolita, nido de observadores, espías e intereses económicos y políticos varios. Barcelona era el punto final de la Guerra Civil, el codiciado premio que todos ansiaban, y en el turno para lograrlo hubo una lucha abierta entre los cuarteles generales de las unidades, incluso alguna que otra presión para que aquella victoria, que era la de la guerra en su conjunto, no ensombreciese a otros frentes, a sus tropas y a sus generales.

El telegrama del jefe del Estado Mayor, el general Yagüe, enviado el día 25 de enero al Cuartel General del Ejército del Norte nos da una idea clara de la situación:

Coronel Jefe de E. M. del C. E. Marroquí adelanta siguiente telegrama: Pasados de la Ciudad de Barcelona dicen que las Autoridades rojas han abandonado la Ciudad de Barcelona quedando en ella gente sin mando que cometen tropelías. Solicito ocupar la Ciudad para aminorar los saqueos y asesinatos última hora.

La excusa era patente y solo pretendían ser los primeros en entrar. La contestación es tajante, inmediata; no deja lugar a dudas: «No entren en tanto no se le ordene».

Laureano López Rodó relata en *La larga marcha hacia la monarquía* que, a finales de 1938, Franco le contó a Juan Manuel Fanjul, entonces vicesecretario general de FET y de las JONS, que después del paso del Ebro, Yagüe le pidió que le dejase llegar hasta Barcelona, a lo que le respondió que se quedase en Lérida y se atrincherase allí. Franco no veía claro el paso siguiente.

El Generalísimo, ejerciendo como tal, nunca quiso que el triunfo en el norte fuese señalado como el final de la guerra. Este debería ser anotado y fechado para la historia en Madrid, donde no habría protagonismos ni autorías de la victoria.

El mismo día de la entrada en Barcelona, se publicaba la Instrucción General n.º 55 con normas para la ocupación del interior (que se efectuó el día 26). El 27 de enero, Radio Nacional daba cuenta de que Barcelona había sido conquistada. En Burgos se desbordaba la alegría, y hubo manifestaciones ante la residencia de Franco y el ayuntamiento de la ciudad.

El Generalísimo remitió al general Dávila, artífice de la conquista de Cataluña, el siguiente telegrama:

Al coronar con la ocupación de Barcelona la etapa más gloriosa de nuestra campaña, envío a V. E. así como a los Generales, Jefes, Oficiales, Suboficiales, Clases y Soldados de ese Ejército del Norte, mi más calurosa felicitación por la brillante y trascendental victoria lograda contra las fuerzas al servicio del comunismo. Esta victoria anuncia a Europa que la España Nacional es por vuestro heroísmo Una, Grande y Libre. Los Generales de los Ejércitos de Levante, Centro y Sur, me elevan el entusiasmo de sus Ejércitos por la gran victoria y el orgullo de vuestros compañeros de Ar-

mas por las páginas que el de su mando escribe, a lo que ellos tanto contribuyen, con su labor menos lucida, pero eficaz, venciendo al enemigo con sus desesperados intentos contra nuestras líneas. Mi Gobierno y toda la Nación se une una vez más a vosotros en un solo sentimiento gritando ¡Arriba España! ¡Viva España! Vuestro Generalísimo, FRANCO.

Era un mensaje único, no habitual, dada la frialdad de las felicitaciones del Caudillo, y en él llama la atención que personalice y felicite al general Dávila y a sus tropas mientras eleva el tono para al final reconocer la labor de aquel Ejército del Norte que, en definitiva, como el telegrama viene a expresar, había ganado militarmente la guerra. Franco no era pródigo en felicitaciones, y en los últimos periodos de la guerra las relaciones entre su Cuartel General y el del Ejército del Norte habían sido muy tensas.

Pero la felicitación de Franco por aquella victoria tenía una doble cara: felicitación y olvido. Después de la cal, la arena. Era el fin del Ejército del Norte, que iba a desaparecer inmediatamente como tal, disueltas sus unidades y agregadas a otros frentes ya de escasa actividad. Punto final para el ejército victorioso. En Cataluña quedaba lo imprescindible y no volvería a haber reseña alguna sobre este ejército vencedor y hacedor, día a día, durante tres años, de la victoria del bando nacional.

En 1936, la Guerra Civil se había iniciado con pequeñas columnas que avanzaban por la carretera y combatían con despliegues poco ortodoxos, en guerrillas africanas y dirigidas a voces y golpes de energía, sin Estados Mayores, sobre el terreno, con una señal del brazo, sin más estudio de factores que los que el horizonte dejaba ver, incluso sin cartografía adecuada. Así fue la guerra hasta que la detención de las unidades en Madrid, la movilización y el riguroso trabajo de los Estados Mayores logró organizar un Ejército moderno en sus estructuras, medios materiales y doctrina.

Quien puso en marcha los métodos y la organización moderna había sido el Ejército del Norte, que ahora, con el punto final de la guerra, desaparecía de un plumazo y, encerrado en su propia humildad, pasaba a la sombra de la historia.

Su jefe de artillería, Carlos Martínez de Campos, dejó escrito en su libro *Ayer: 1931-1953* unas palabras que abren un gran interrogante y reflejan la extrañeza de lo ocurrido nada más tomar Barcelona:

A los días de mucho movimiento, suceden otros de quietud: de quietud y de malestar. Los rumores circulados sobre la disolución de nuestro Ejército del Norte no tardan mucho en confirmarse. El 15 de febrero, don Fidel [se refiere al general Dávila] me lleva a Terminus [Cuartel General de Franco], que está en Raymat. La conversación es larga, primero con Barroso, jefe de operaciones del Cuartel General del Generalísimo, y, luego, con el último. Los éxitos del Norte han alcanzado su límite. No es posible que el Ejército que ha operado incesantemente, hasta vencer al enemigo y ocupar todo Aragón y Cataluña, sea el que lleve a cabo la conquista de la capital de España. Es necesario distribuir debidamente las victorias; y, en vista de ello, la operación «Madrid» será efectuada por el Ejército del Centro que manda Saliquet. El «Norte» será desbaratado y sus Cuerpos de Ejército serán transportados a la zona toledana, a fin de reforzar las fuerzas a que va a corresponder el alto honor de terminar la guerra.

El Ejército del Norte era historia, no la historia de aquella guerra, ni siquiera su máximo protagonista. Puede que Franco fuese consciente de la pugna personal que iba a traer la victoria, de cómo los personalismos podrían poner en peligro el triunfo, y no permitió que nadie se alzase como el general vencedor. Se le había conferido el «mando único», militar y político, y no estaba dispuesto a dejarlo. Después del triunfo en Cataluña, la guerra estaba aún en Madrid. Allí había que cerrar el capítulo y olvidar el resto de los frentes. Por otra parte, desde el punto de vista político, en Burgos se prefería que el control de Madrid fuese consecuencia de una acción militar, que indudablemente sería poco sangrienta, de forma que no se dejara a la capital la aureola de ciudad inexpugnable, y cuyos defensores habían hecho suya la divisa del «No pasarán». Este espíritu hacía prever que, en todo caso, el Gobierno de Burgos solo aceptaría una rendición sin condiciones.

Desapercibida la gran victoria del Ejército del Norte para la mayoría de los historiadores, el centro de atención se alejó de Barcelona para centrarse en la capital de España. Se perdieron las imágenes de un ejército, el del Norte, victorioso y disciplinado que había ganado la guerra no solo en la cornisa cantábrica, sino en los lugares claves para llegar al final de la contienda: de San Sebastián a Oviedo, más tarde el incidente de Teruel, después Aragón, el Ebro y, al fin, Cataluña.

Pero la historia encierra sorpresas, y solo se suele mirar al pasado para recibir la inspiración que nos lleva a repetir acontecimientos. Durante una guerra es fácil mantener la disciplina; después, cuando la victoria recorre los campos, es muy difícil que los vencedores se sometan a una sola voluntad.

Al general Fidel Dávila Arrondo, jefe del Ejército del Norte, le volvería a corresponder ser el conductor del principal ejército de la segunda guerra civil que se anunciaba. Habría que esperar a que los acontecimientos pusiesen a cada uno en su sitio.

Una vez guarnecida la ciudad de Barcelona por las tropas designadas del Ejército del Norte, el resto se concentró para su traslado: el Cuerpo de Tropas Voluntarias (CTV) italiano, en la zona Granollers-Mataró-El Masnou; el Cuerpo Ejército de Navarra, en la de Sabadell-Sant Cugat-Sardañola; y el Cuerpo Ejército Marroquí, en la de Villafranca del Panadés-Villanueva y Geltrú-El Vendrell.

En la noche del 27 al 28, se trasladó el Cuartel General de Franco, «Escala», a Cervera (Lérida), y el día 29 se publicaba la Instrucción General n.º 56 para perseguir al enemigo hasta sus últimos reductos e impedir su retirada a Francia.

El mismo día 29, se dispone que la 50.^a División del Cuerpo Ejército Marroquí quede a disposición del Ejército en la zona de Monistrol para el rastrillamiento del área de Manresa. En febrero continúan los movimientos de unidades hasta la total desintegración del Ejército del Norte.

En el momento de la ocupación de la capital catalana apareció almacenado todo tipo de material de guerra y abundante documentación, de lo que se iba a hacer cargo el Servicio de Recuperación de Material. Se conserva una detallada relación en la que se puede apreciar el mal uso de los recursos por parte del bando rojo, a pesar de disponer en Cataluña de una auténtica industria militar de apoyo a las unidades.

La lista es prolija: desde todo tipo de municiones contadas por toneladas, cañones de artillería, fusiles, bombas, granadas de mano, caretas contra gases, espoletas, proyectiles, cajas de dinamita, cajas de bombas de piña, cajas de morteros de diversos calibres, ametralladoras, material de aviación o antitanques hasta carros de combate.

Además, unas tres mil toneladas de explosivos diversos pasados a Francia con las tropas republicanas, que comprendían proyectiles de obús,

granadas, cartuchos, minas, un largo etcétera estaba almacenado en vagones cerca de la estación de Cerbère. Las autoridades militares, con toda clase de precauciones, las hicieron transportar a la vertiente sur del acantilado del cabo Cerbère, donde las explosionaron; otras fueron enviadas a Port-Vendres para ser sumergidas en alta mar.

La recuperación del ganado español se efectuó en los cantones de Prats de Molló, Mont-Louis y Saillagouse. En el primero se procedió a la concentración de millares de corderos, carneros y vacas errantes por la montaña. Varios millares de corderos así recuperados fueron enviados a Arlés para ser consumidos por los refugiados. El periódico *Le Jour* decía sobre los refugiados:

La Confederación General de Trabajadores se ha preocupado por la suerte de los refugiados españoles que acampan todavía en suelo francés. Reclama en su favor el derecho a optar libremente entre su regreso a España o continuar residiendo en Francia. He aquí planteado claramente un grave problema, que abordaremos con plena franqueza.

Ante todo, ¿qué piensa Franco a ese respecto? Está dispuesto, lo ha dicho netamente, a recibir en la España nacional a todos sus compatriotas, sin distinción, que han sido acogidos entre nosotros. Son en su gran mayoría perfectamente inofensivos. Si pasaron la frontera fue porque Negrín y su banda provocaron voluntariamente entre ellos un pánico irresistible. Estos jefes malvados, que huían a Francia, precedían a un rebaño aterrizado de gentes a las que habían dicho que los italianos de Gambara y los marroquíes de Yagüe iban a despedazarlos.* Pues bien, Gambara había recibido de Franco la orden expresa de retirar su brigada italiana muy a retaguardia de Barcelona, para evitar todo incidente de frontera con nosotros. Yo he visto, por la carretera, la larga retirada de sus camiones. En cuanto a los moros, entraron en Barcelona ofreciendo cigarrillos a los hombres y pan a los niños.

* El general Gastone Gambara fue un militar veterano de la Primera Guerra Mundial que en 1938 fue nombrado comandante del Corpo Truppe Volontarie y lideró a las tropas italianas en la ofensiva sobre Cataluña. Luego participaría en diversos frentes en la Segunda Guerra Mundial.

Pero los dirigentes rojos, que arrastraban con ellos a 400.000 fugitivos, se excusaban así de su cobardía, mostrando que no eran los únicos en escapar. Infligían a Francia —acusada por ello de haberlos traicionado— una tarea ruinosa; y sobre todo, salvaban a sus hombres de confianza, revolucionarios, anarquistas, encargados de hacer en Francia propaganda marxista. Sin embargo, Negrín no había contado con el horror que iba a promover la actitud de sus milicianos entre nuestros campesinos que, conmovidos en el primer momento ante la miseria de los refugiados, se han indignado bien pronto ante la insolencia de algunos de sus huéspedes. Nuestros aldeanos, aunque sean de izquierda, detestan la violencia, la injuria, con las que ciertos refugiados pagaban la acogida. Nuestros hombres defienden su prado, su viña, su vaca. Solo sienten repugnancia y desprecio ante los saqueadores que no respetan nada. Tanto que hoy, aparte de nuestros jefes comunistas y socialistas, no hay ni un solo francés que no aspire a desembarazarse de estos inoportunos visitantes. Los refugiados nos cuestan de siete a ocho millones por día. Su vigilancia exige efectivos enormes arrebatados al ejército y a la guardia móvil, la instrucción de nuestros reclutas se encuentra retrasada. No disponemos de tantas tropas sobre nuestras líneas estratégicas para que podamos impunemente distraer decenas de millares de soldados.

Así pues, Franco quiere hacer regresar a esos españoles y Francia desea que se vayan. Todo marcharía fácilmente si no hubiera los españoles que no se atreven a volver a España, y con buen motivo. Los desgraciados a quienes sus inspiradores soviéticos han entregado a los más bajos instintos, empujado al asesinato, al saqueo, a quienes se conoce, no tienen deseo alguno de caer bajo la jurisdicción española. Por eso han encontrado aquí, entre nuestros agitadores anarquistas y soviéticos, la misma protección que en la España roja, y por eso han recommenzado aterrorizar a nuestro país con el mismo temible cinismo.

Se dice: ¿Si rehúsan salir de Francia, que haremos? ¿Será preciso emplear los procedimientos legales de la extradición? ¿Nos forzarán a ello? ¿No se podría pedir a los hombres de izquierda que entre nosotros han mantenido animado durante dos años esta guerra civil, que retiren de los millones que han recogido para la España roja la cantidad necesaria para fletar algunos barcos con destino a Rusia o a Méjico, donde podrían depositar a sus pasajeros en plena seguridad?

La URSS ha prometido cinco millones para los refugiados, ni siquiera lo bastante para pagar lo que nos cuestan en una sola jornada. Será preciso que se resigne a alojar a algunas decenas de millares de hombres. En cuanto a Méjico, parece que debiera mostrarse acogedor. Aprovechémonos de ello.

CATALUÑA: RAZONES DEL FRACASO DE LA GUERRA. LA OPINIÓN DE UN REPUBLICANO

Marcelino Domingo Sanjuán (Tarragona, 1884 - Toulouse, 1939), miembro del Partido Republicano Radical Socialista y del Comité Revolucionario en 1931 y ministro del Gobierno de la República, acompañó a Manuel Azaña en París como parte de su última guardia. El valor de su opinión es indudable, ya que estaba fundamentada en la información de última hora que conocía por Azaña y por la que Juan Negrín trasladaba a este en sus despachos.

Marcelino Domingo es autor de un artículo estremecedor en el que hace un detallado análisis de las razones que, a su juicio, llevaron al fracaso del bando rojo en la guerra. Lo transcribimos en su totalidad por la mordaz crítica y el amargor que destila su punto de vista. Lo escribió la víspera de su muerte, por lo que, además de riguroso, es trágico. No presenta comentarios, pero provoca algunas reflexiones, como la que se hace en el documento que acompaña al artículo: «Acaso, entre los que la lean, alguno se golpeará el pecho y reconocerá a qué catástrofes pueden conducir los malos pastores que comprometieron por sus excesos en 1936 la causa a la cual él permaneció fiel hasta el último día, porque no la confundía con la causa de la violencia». No se le dio difusión y es raro encontrar análisis del valioso documento, sino que más bien fue ocultado por unos y otros. El artículo dice así:

La pérdida de Cataluña ha sido para la república española equivalente a la pérdida de la guerra. ¿Por qué ha sido tan débil la resistencia de Cataluña?

¿Cómo se ha debido replegar del Ebro al Pirineo casi sin combatir? ¿Por qué Barcelona no ha seguido el ejemplo de Madrid? Los primeros efectos de la caída de Barcelona están manifiestos. ¿Cuáles son sus causas?

1.^a Cuando estalló la guerra, Cataluña se convirtió en teatro de acontecimientos y de experimentos a los cuales las gentes henchidas de sustantivos hiperbólicos y de adjetivos peyorativos dieron el nombre de revolución. Mientras que Mola con sus navarros se esforzaba por cruzar el Guadarrama, en Cataluña, los hombres de los que un día será preciso averiguar qué es lo que encerraban en sus espíritus, o quién los inspiraba, o quién manejaba las cuerdas que los animaban, se dedicaron a incendiar las iglesias, asesinar sacerdotes, efectuar ejecuciones, colectivizar las tierras y las fábricas, constituir comités, controles y apoderarse del poder. Así se produjo el terror; la economía de la región más próspera de España se hundió para su mayor descrédito en el mundo entero. Así fueron destruidas las energías morales de los catalanes. A fines de 1938, después de una misión en América, regresé a Barcelona. La guerra estaba en todas partes; el Estado español se había reconstituido; el gobierno tenía plena autoridad; existía un ejército. Poco después se produjo un acontecimiento militar glorioso: la ocupación de Teruel por las tropas republicanas. Y, sin embargo, ¿de qué me hablaban los catalanes, los de la ciudad como los del campo? Únicamente de lo que llamaban la Revolución de 1936. La guerra no existía para ellos. La revolución los había agotado profundamente y no se restablecían. Por otra parte, la miseria provocada por experiencias precipitadas, realizadas a destiempo o radicalmente erróneas, contribuía a este desplome moral. La llamada revolución destruyó el ardor necesario para sostener la guerra, y por ello cuando la guerra llegó encontró la economía catalana destruida y el ardor combativo extinguido. Tal es la primera causa.

2.^a La conciencia de la solidaridad internacional de los Estados democráticos con la república y de la solidaridad internacional de los Estados fascistas con Franco. La guerra llegó a Cataluña en el momento en que todas las esperanzas relativas a una ayuda de las democracias se habían desvanecido, y cuando los socorros en hombres y en material de los países fascistas eran evidentes. El soldado republicano sabía lo que pasaba en el mundo y lo que se pensaba de la guerra de España. La verdad le era revelada. El material que su adversario poseía abundantemente, a él le faltaba.

Si esta desigualdad no hubiese influido sobre el curso de la guerra, si la guerra hubiese presentado alternativas de éxitos y reveses, hubiera podido continuar la resistencia; pero el soldado republicano llegó a pensar que iba a un suicidio numantino, contra una invencible fatalidad. El acuerdo de Roma entre Chamberlain y Mussolini, aceptando el primero que Italia mantuviese sus tropas en España hasta la victoria de Franco, influyó de manera decisiva sobre la pérdida de Cataluña. El soldado de la república española no es un número, sino un hombre. No es un brazo armado, sino un espíritu crítico. Una realidad internacional irremediamente hostil le convenció de su impotencia. Y la conciencia de esta impotencia ha sido la segunda causa de la derrota de Cataluña.

3.^a La batalla del Ebro. El Ebro, que es uno de los ríos más abundantes de España, ha costado tantas vidas, que arrastra más sangre que agua. Cuando, en el momento del avance de las tropas de Franco sobre Valencia, se decidió que el Ejército republicano repasase el Ebro y lanzase una ofensiva, fue ejecutada una operación atrevida con buena suerte. El avance sobre Valencia se detuvo; Franco tuvo que enviar al Ebro sus mejores jefes y su potente material. Sus tropas emplearon cuatro meses en conquistar lo que el republicano había ganado en unas horas. Aviones y tanques italianos y alemanes hicieron carnicería en el ejército de la república.

Los tanques avanzaban por centenares como máquinas infernales sobre las trincheras; los aviones volaban por centenares, hora tras hora, día tras día, dejando caer toneladas de metralla. En el curso de esta batalla dantesca fue cuando un general del ejército franquista dijo que el soldado republicano español se hacía matar dos veces. Cuando el ejército republicano repasó el Ebro para replegarse en buen orden, era un ejército diezmado, roto, apagado...

El reclutamiento apresurado de hombres de treinta y cinco años no contribuyó mucho al refuerzo de los efectivos ni al levantamiento de la moral. Se llevaba al campo de batalla a hombres arrancados de un hogar, donde faltaba el pan, y que era bombardeado cada día; estos soldados salían de las casas que habían conocido las experiencias y las violencias de la llamada revolución. Más bien que un valor positivo, representaban, pues, un valor negativo. El ejército del Ebro no fue reconstituido y refuló sin combatir desde Tortosa hasta la Junquera. Por su ofensiva audaz y su

resistencia durante cuatro meses evitó la toma de Valencia, pero abandonó sin defensa a Cataluña.

La batalla del Ebro es, en la evolución de la guerra, un hecho comparable a la toma de Teruel; son dos páginas gloriosas del ejército republicano. Pero carente de medios materiales y humanos para reparar las pérdidas, medios que nunca faltaron al adversario. Teruel condujo a la rotura del frente de Aragón en marzo de 1938, y el Ebro a la pérdida de Cataluña. Tal es la tercera causa.

4.^a El deseo ansioso de paz determinado por un año de bombardeos y de hambre. En Barcelona no se comía. Aquel que por su condición privilegiada tenía algo que comer comía poco y mal, los otros carecían de todo. Barcelona daba la impresión de una ciudad de fantasmas. ¿Organización deficiente del aprovisionamiento? ¿Insuficiencia de víveres? ¿Aumento desmesurado de la población consumidora? Poco importa. Pero el resultado era el hambre. Un hambre extenuante y desmoralizadora. Un hambre que agotaba el cuerpo y abatía el espíritu. Y por encima del hambre, las bombas. Barcelona no podía más. Ninguna ciudad del mundo hubiera aguantado, resistido. Cuando llegó la guerra, los barceloneses y catalanes desmoralizados por los efectos de la llamada revolución solo pensaron en la paz. De sus corazones atormentados no cesaban de subir a sus labios gritos de entusiasmo, de fidelidad y de optimismo. Pero en los espíritus solo reinaba el deseo de la paz. De una paz humana, digna, entre civilizados, sin humillación ni sumisión. Pero una paz rápida y total. El catalán ya no quería la guerra, porque sabía que esta guerra no era un combate, sino una tortura. No era una batalla, sino una exterminación. No era una lucha entre fuerzas equivalentes, sino entre fuerzas cuya desproporción no dejaba esperanza alguna y que transformaba el acontecimiento final en una fatalidad inexorable y mortal. Por ello es equivocado decir que el catalán carece de temperamento guerrero y sostener que las tropas de Franco han sido recibidas con clamores de entusiasmo. No. En primer lugar, el catalán de 1939 empobrecido hasta la miseria, hambriento, ametrallado a toda hora, no es el catalán en la plenitud de su personalidad moral. Es una sombra, es la sombra de una sombra. Luego, la llegada de las tropas de Franco representa el fin de la guerra sangrienta. ¿Sucederá a esta guerra la llamada «guerra blanca»? ¿Veremos producirse represalias, tendremos que sufrir abyecciones que harán pensar que

era preferible morir en la guerra que vivir en una paz de abdicación y de venganza? Es posible. Pero los fantasmas solo soñaban con la paz y la paz venía a ellos. Ahora se apercibirán de que la paz que soñaban no es la que tienen. La angustia de la paz no deja de ser una de las causas que han provocado la pérdida de Cataluña.

Se podría señalar además otras causas; el hecho de que Cataluña es limítrofe con Francia y que una posibilidad y evasión hacia la frontera podría debilitar la disposición moral a la resistencia; el hecho de que Franco había concentrado para esta ofensiva, que consideraba decisiva para la suerte de la guerra, una cantidad de material y de hombres que excedía a todo lo visto en las acciones militares anteriores y le aseguraba una superioridad sobre el ejército republicano, no solamente en material como siempre, pero acaso por primera vez en efectivos. La pérdida de Cataluña no es, pues, el signo de una diferencia entre la disposición de espíritu de los catalanes y la de los otros españoles en cuanto a la lealtad hacia la república, ni tampoco de una inferioridad de su arrojo combativo o de su grado de civismo. Es el resultado de un proceso histórico que comienza en julio de 1936 y que a principios de 1939 solo podía resultar en el acontecimiento actual, que no puede ser celebrado como una victoria por los que han vencido sin lucha, ni considerado como una derrota por los que se han dejado vencer sin resistir. La pérdida de Cataluña es el resultado previsto de una situación internacional insólita y de un error inicial que consistió en responder a la guerra con una violencia revolucionaria que dividió política y arruinó económicamente a aquellos que tenían necesidad para hacer frente al enemigo de la más estrecha unión y de la más sólida economía. Es el resultado previsto de la continuación de la guerra en una atmósfera de agotamiento y de paz.

Cataluña perdió la guerra sin combatir en 1939. Por haber sometido a Cataluña a una lucha impía que la arruinó, dividió y abatió, se perdió la guerra desde 1936. El cuerpo social de Cataluña fue vencido en 1939; su espíritu lo fue en 1936. Este espíritu vencido en 1936 no pudo ser vencedor en 1939. Marcelino Domingo.

El valor del documento, casi desconocido, deja escrito en cuatro puntos las razones por las que se perdió la guerra en Cataluña: las mismas que llevó al Ejército Rojo a perderla en toda España. Lo acertado en la

exposición de esas causas es indudable; la crítica es feroz, ya que acusa a Cataluña de involucrase desde el principio en una teórica revolución sin aceptar el indudable hecho de la guerra, en la que no hay otra solución que luchar. Es eso lo que desde un principio va a faltar: espíritu de lucha, voluntad de vencer. A la hora de combatir, ni el reclutamiento ni el material disponible fueron suficientes para superar ese sentimiento de derrota que desde un principio se apoderó de Cataluña. Poco a poco, el cansancio, el hambre, la absoluta desorganización militar y política y la falta de mandos —sin olvidar la tentación de huir por la frontera— provocaron la derrota y caída de Cataluña.